

La patria grande es desigual

Tragedia, división y orden

Demetrio Boersner*

A



Entre enero y febrero de 2010, América Latina y el Caribe vivieron una espantosa tragedia natural —el terremoto que devastó a Haití—, y acontecimientos políticos que parecen presagiar futuros escenarios de división intrarregional, más bien que de avance hacia la “patria grande” soñada por los libertadores y por un nacionalismo democrático de dimensión continental

Algún día tenía que suceder. Desde hace millones de años, la placa tectónica del Caribe se desplaza lentamente hacia el este, en roce contra la placa de América del Norte. Se hizo insoportable la presión sobre la falla de Enriquillo, formada entre las dos placas cerca de la capital haitiana de Puerto Príncipe, y a las 16:53 horas del 12 de enero ella cedió bruscamente a una profundidad de 10 kilómetros bajo tierra, detonando un catastrófico sismo de 7 grados en la escala de Richter.

Haití es uno de los países menos capaces de soportar tamaña conmoción telúrica. La admirable república negra, forjada hace dos siglos por hombres como Toussaint, Dessalines, Christophe, Pétion y Boyer, comenzó a decaer después de la muerte de este último, por efecto de un minifundismo hambreador y de la labor antisocial de usureros y tiranos. Por ello, sus actuales infraestructuras y arquitectura urbana eran anticuadas y frágiles y se desplomaron desde el primer momento del sismo, enterrando a parte de la población bajo sus escombros. Los cálculos del número de muertos llegan hasta la cifra de 200.000, el de heridos hasta 300.000 y el de personas sin techo hasta cerca de un millón. Los servicios públicos se paralizaron y el Presidente de la República, René Préval, quedó desprovisto de comunicaciones indispensables para gobernar. Asimismo la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización de Haití (Minustah), que desde 2004 ejerce una suerte de tutela internacional sobre el país, se vio impotente ante el desastre.

La humanidad se movilizó y comenzó un inmediato aflujo internacional de donaciones, así como de voluntarios y misiones de auxilio de países del mundo entero, desde Rusia hasta Sudáfrica. Los pueblos hermanos de Latinoamérica y el Caribe tuvieron honorables gestos de solidaridad práctica. Pero la ayuda no llegaba a los necesitados por el caos reinante en la zona del desastre, donde la desesperación se agravó por estallidos de violencia. Urgía una intervención enérgica y masiva, eficaz no sólo en el ámbito

humanitario y logístico, sino también en el del orden público y la gobernabilidad.

Mientras la Unión Europea y la ONU aún deliberaban, Estados Unidos actuó con rapidez y determinación. El presidente Obama, decidido a borrar el estigma de incompetencia e insensibilidad caído sobre su país a raíz del huracán Katrina, así como deseoso de realzar el prestigio estadounidense en el *patio trasero*, ordenó una vasta operación militar. La pronta llegada de cerca de diez mil soldados y socorristas norteamericanos fue aplaudida por la población haitiana y por la comunidad internacional, pese a que países como Francia y Brasil, deseosos de reemplazar la influencia de Estados Unidos con la suya propia, sin duda no se sienten muy satisfechos por esta reafirmación del liderazgo norteamericano.

Existe consenso mundial sobre la necesidad de un programa de largo plazo para reconstruir a Haití. A cambio de una fuerte ayuda externa, ese país se vería obligado a aceptar temporalmente cierto grado de supervisión y tutela internacionales. Cabe esperar que el gobierno norteamericano, luego de ejercer tan exitosamente el liderazgo de la operación de rescate inmediato, acepte en las etapas venideras un mayor multilateralismo para la ejecución del programa de seguimiento.

PATRIA GRANDE DIVIDIDA

Hace aproximadamente diez años, América Latina parecía estar iniciando una etapa de creciente integración y concertación con miras a la afirmación de una sola identidad regional soberana, junto con políticas tendientes a una mayor equidad social. Una suerte de nacionalismo continental democrático y social parecía hermanar en aquel entonces a los principales dirigentes políticos, y los observadores externos hablaban del surgimiento de una “nueva izquierda latinoamericana”

integrada por corrientes y líderes tanto moderados como radicales.

Hoy, en cambio, Latinoamérica presenta un cuadro de divisiones y contradicciones crecientes. Ello se debe, por una parte, a la desigualdad de desarrollo y de poder entre países fuertes y débiles en la región. Por la otra, tiene por causa la actuación corrosiva de la fuerza internacional conformada por el ALBA y la Coordinadora Continental Bolivariana, que por su agresividad repele a fuerzas reformistas moderadas y alienta el fortalecimiento de un bloque de gobiernos conservadores, aliados estratégicos de los Estados Unidos.

Brasil juega el contradictorio papel de país líder de un proyecto emancipador frente al poder de Estados Unidos pero también, al mismo tiempo, de nueva potencia hegemónica, regida por un complejo empresarial, militar y político tan expansionista y dominador como el del Norte. Los países más débiles y menos desarrollados de la región sufren en grado creciente el ventajismo absorbente de la potencia regional y reaccionan reafirmando sus tradicionales vínculos con Estados Unidos en busca de un contrapeso a una nueva dependencia.

Este es un fenómeno hoy universal. La contracción económica mundial iniciada hacia fines del año 2008 ha traído relativos beneficios a los países *emergentes* del grupo BRIC (Brasil, Rusia, India y China), ahondando los contrastes entre ellos y sus vecinos de menor desarrollo, fraccionando así al viejo Tercer Mundo entre naciones *proletarias* y otras *de clase media*.

Por otra parte, la agresividad demostrada en sus discursos y gestos políticos por Hugo Chávez y el grupo de países y movimientos que lidera a través del ALBA y la CCB ha causado creciente inquietud en los gobiernos de centroderecha. Las amenazas verbales de Chávez contra Colombia y el fracasado intento del ALBA-CCB de extender su hegemonía sobre Honduras a través de Manuel Zelaya, sirvieron de son de alarma: Obama fortaleció la presencia norteamericana en Colombia y abandonó su inicial posición condenatoria del *golpe* hondureño del 28 de junio de 2009. Los pueblos mismos se inquietaron ante un posible expansionismo chavista y ello favoreció el triunfo electoral del conservador Piñera en Chile, a la vez que impulsó a gobernantes de izquierda democrática, como Funes en El Salvador y Mujica en Uruguay, a marcar sus distancias frente al líder venezolano, factor de división estratégica entre dos bloques opuestos, con Estados Unidos reafirmando su presencia y su influencia en América Latina y el Caribe.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

